

# Integración

*Parte de las ideas e informaciones que contiene este artículo fueron presentadas por el autor en una intervención sobre "Posibilidades de Desarrollo Industrial Mexicano a base de la Integración de Recursos Existentes", en la Junta Latinoamericana de Expertos en la Industria Siderúrgica y de Transformación de Hierro y Acero que, organizada por la Comisión Económica para la América Latina y la Administración de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, se celebró en Sao Paulo, Brasil, del 15 al 28 de octubre de 1956; se quiso subrayar en esa intervención los aspectos económicos globales del problema, que en general no se consideraron en esa reunión, en que se dio importancia de preferencia a los aspectos técnicos y los de economía de empresa. En un artículo posterior se expondrá el problema de la integración de los sectores más importantes de la industria mexicana, aprovechando en parte las experiencias derivadas de la Junta mencionada y de la visita a la América del Sur, principalmente al Brasil.*

**M**AGNO problema es el de la integración de los recursos, para promover el desarrollo de una nación como México.

Para poderlo definir y entender mejor, conviene desandar el camino y observar, en términos elementales, cómo se ha llegado a esta fase del desarrollo de la humanidad que llamamos la industrialización; veamos lo que nos cuentan nuestros textos de historia económica:

Como en casi todos los aspectos de la dinámica social, entran en juego un par de fuerzas, en nuestro caso, la acción alternativa o simultánea de dos principios, el de la diferenciación y el de la integración: la tendencia a especializarse en una actividad parcial, para realizarla con más precisión, o a la ejecución de procesos completos o de ramas enteras de actividades, para lograr una mejor coordinación, persiguiendo siempre mayor eficiencia.

En el comienzo, y sin saltar a los remotos tiempos de la aparición de las primitivas técnicas, la industria se organizó alrededor de los quehaceres del hogar, iniciando lo que se ha llamado el sistema familiar y, después, la industria a domicilio: preparar los alimentos, hacer pan, tejer, confeccionar vestidos y otros artículos de consumo o uso doméstico y, paralelamente, cultivar la tierra; implica la realización de procesos completos integrales, con una diferenciación, sin embargo, basada en las facultades propias del hombre y de la mujer, del anciano y del niño.

La industria se echa después por el camino franco de la diferenciación y sale del seno de la familia; aparece entonces el artesanado. El artesano se especializa en alguna rama particular de la manufactura: tejer, curtir, forjar, fabricar vestidos, calzado, muebles, artículos de vidrio, etc. Sus productos no se dirigen ya principalmente al abastecimiento de su hogar, sino

que están destinados a cambiarse por los productos de otros artesanos, o de los agricultores, concurrendo al mercado, que entonces nace. Su radio de acción se limita primero a una pequeña comunidad, a la aldea. Con el mejoramiento de los transportes y la mayor seguridad, el mercado se amplía y se establece una diferenciación fundamental entre la agricultura y la industria manufacturera; esta última se finca de preferencia en las ciudades, que a su vez tienden a especializarse en determinadas manufacturas. Con el tiempo la especialización aumenta y los oficios se multiplican, cada uno se hiende, como quien dice, verticalmente. También se han dividido horizontalmente, es decir, que se trabaja por separado en cada una de las fases del proceso.

Con las facilidades de comunicación y la dispersión de las actividades industriales en una nación, surge una categoría de intermediarios o comerciantes que se encargan de la distribución y venta de los productos acabados y del aprovisionamiento de materias primas e instrumentos de producción. Así aparece el sistema mercantil que acaba por dominar el panorama: el artesano trabaja todavía a domicilio, dirige las actividades de un pequeño grupo de aprendices (y suele ser dueño de las herramientas), pero lo hace generalmente por encargo del comerciante, convirtiéndose así en un semi-asalariado.

Finalmente aparece la producción en la fábrica, que constituye el órgano característico del sistema capitalista. La simple herramienta manual se sustituye por máquinas complicadas y costosas, accionadas en gran medida por energía mecánica. Los obreros trabajan en grandes conjuntos, sometidos a una disciplina casi militar, realizando cada uno labores rutinarias precisas, preestablecidas y coordinadas desde arriba. El comerciante y el maestro artesano, son desplazados por el empresario y los gerentes, de quienes emanan

# Industrial

los planes de trabajo y las órdenes, que deben acatar los obreros, convertidos completamente en asalariados; los que mandan son pocos y los que obedecen muchos. Este sistema se desarrolla en la llamada revolución industrial, provocada en gran parte por las invenciones mecánicas. Descansa en el empleo de técnicas y procedimientos científicos, por un lado, y en la acumulación de ahorros en manos de personas empeñosas —de hombres de empresa— por otro; se difunde debido a la expansión de los mercados y de las fuentes de abastecimiento de materias primas, por los descubrimientos geográficos y la extensión de las vías de comunicación, y debido también al aumento de la población, que para atender a sus mayores necesidades reclama métodos de producción en masa y en serie.

En una nueva síntesis más amplia, se manifiesta entonces el par de fuerzas “diferenciación-integración”. Desde luego, la industria moderna de fábrica está basada de hecho en la división del trabajo, atendiendo al mejor empleo de las máquinas, y en forma subsidiaria, de las aptitudes naturales o cultivadas del obrero; la transformación de las materias primas en productos cada vez más elaborados se realiza por una serie de operaciones elementales cada vez más diferenciadas, uniformes y mecanizadas, es decir, que tienden a estandarizarse, así como los productos mismos. La máquina se especializa y el hombre, solidario de ella, realiza continuamente una sola tarea, con economía de tiempo y de esfuerzo. Por otra parte surge como una disciplina y un arte, la organización y el manejo científico del trabajo, que aspira a integrar y a infundir mayor eficiencia a los procesos y al sistema, en su conjunto.

Arrancado de estos mismos hechos, con apoyo en las fuerzas operantes, la gran empresa, que puede emplear maquinaria más precisa, altamente especializada,

y con frecuencia automática, para la producción estandarizada, en serie, lleva hasta sus conclusiones lógicas el principio general económico de la concentración, tanto por lo que hace a la aglomeración de determinadas industrias relacionadas entre sí, en ciertas localidades, como al aumento de la magnitud de las plantas, de las empresas que controlan varias plantas en diversos lugares y de las entidades superiores que adquieren el dominio financiero de varias empresas; todo este cuadro, sustentado en principios de integración vertical por procesos, o de integración horizontal por campos de actividad industrial.

Por otra parte, la industria se integra con la agricultura, la minería y las demás labores extractivas que la amamantan, y con el comercio, que distribuye sus productos, tratando de ganar seguridad, y buscando mayor eficiencia y lucros mayores, a veces en combinaciones monopolizadoras nocivas a la economía tomada en su amplitud nacional.

Algunos países como Alemania y el Japón, enamorados de la eficiencia de las grandes organizaciones integradas, las alentaron como instrumentos de desarrollo económico y de proyección internacional, otros como los Estados Unidos las han combatido interiormente —aunque en forma esporádica— temerosos de que pudieran constituir una rémora al libre juego de la competencia, perjudicando a los consumidores norteamericanos.

Pero hay otro punto de vista, que es el de nuestros países en proceso de desarrollo; esas colosales organizaciones integradas, casi perfectas, por lo que hace al aprovechamiento de técnicas y a su eficiencia, que acaban por no caber dentro de los límites de una nación, tratan de derramarse internacionalmente. Hasta aquí se han aprovisionado de materias primas en gran parte producidas en países atrasados con mano de obra barata, y que sólo cuentan con industrias

rudimentarias o poco integradas, en buena medida sin duda, como resultado de las relaciones económicas entre ambos tipos de países. Cuando los atrasados han tomado medidas de protección para fomentar su industrialización y desarrollo económico, los grandes consorcios internacionales se presentan como postulantes para la creación de las nuevas industrias, ofreciendo las ventajas que ya hemos anotado y además capitales y ayuda técnica de que los países nuevos para empezar carecen; pero aquí surge el problema de cómo aceptarlos en pie de ventajas mutuas, de cómo lograr que se incorporen a la economía nacional, que se integren hacia adentro y no exclusivamente hacia afuera, obedeciendo a esa especie de gravitación universal que norma sus destinos.

Afortunadamente en esta etapa de evolución del problema, se despejan nuevos criterios del más alto valor, el del beneficio social, paralelo y en un plano superior al del lucro individual, y el de la planta nacional frente a la empresa particular, conceptos que desembocan naturalmente en la necesidad de programar, de procurar un desarrollo equilibrado, planeado; necesidad imperiosa en el caso de países con pocos recursos financieros que se industrializan para fomentar su desarrollo económico y mejorar su nivel de vida.

Hemos visto como se ha integrado la planta individual, queda por integrar ésta, utilizando las mejores experiencias, en la planta nacional, considerada como un todo. Tratándose de la planta nacional la producción, distribución y consumo se presentan como fases de un fenómeno económico general, en que los individuos aparecen con más de una personalidad o función económica, por lo que se impone una integración coordinada para obtener un máximo de eficiencia, un cierto sacrificio de la acción individual en beneficio de la coordinación, que en gran medida se ha logrado dentro de la planta individual mediante la acción del empresario y sus representantes y recurriendo a los consejos de la economía y de la organización científica del trabajo (no queremos pensar en la torpe extorsión simplemente explotadora del trabajo humano). Estos instrumentos están lejos de adoptarse en la planta nacional, y de eso se trata en último análisis.

Un arraigado impulso de libertad hace que los individuos no estén muy dispuestos a sacrificarse en beneficio del conjunto ante una situación no muy diáfana, para muchos poco prometedora, y aun de desesperanza. Debe hacerse un esfuerzo supremo por clarificarla. En realidad existe una gran capacidad de consumo socialmente considerada, pero la posibilidad de satisfacción no se mide en términos de necesidades sino de un poder adquisitivo, en general, mal fomentado y mal distribuido; de aquí la necesidad de adoptar planes nacionales racionales, desde luego bien fincados en la opinión pública, patrocinados por un estado inteligente y activo, que, como representante genuino de los más depurados intereses sociales, actúe para crear y mantener las bases del desarrollo económico, y lo impulse estimulando la capitalización y la inversión fecunda, equilibrada ésta por un poder de compra que conserve la alegría del sano disfrute de la vida en el corazón de las masas, y dé aliento a la producción, robusteciendo los mercados.

Los países insuficientemente desarrollados se caracterizan en general por tener una gran proporción de su población dedicada a actividades agrícolas o viviendo del campo; además, por la gran importancia del comercio exterior en la economía nacional, la producción de uno o pocos artículos, sujetos a precios internacionales inestables y con gran frecuencia desventajosos en relación con los de los artículos de que necesitan proveerse en el extranjero —bienes de producción, otros artículos manufacturados y aún alimentos— en consecuencia sus economías son deficientes, débiles o inestables; generalmente el ingreso nacional per cápita es bajo y, lo que resulta muy grave, lo acabamos de decir, mal repartido, por lo que los mercados son raquíuticos y no pueden soportar en muchos casos industrias que produzcan en masa, a bajo costo, creándose así uno de los círculos viciosos en que se debaten estos países. Otro lo constituye la dificultad de obtener una capitalización adecuada para lograr el desideratum de incrementar la productividad. Probablemente nadie ha expresado esta absurda situación en forma más sencilla y clara que el Dr. Rautenstrauch cuando decía: “Hay que dar de comer al caballo mientras crece la yerba”.

Teóricamente la salida de esta situación paradójica, constituye una tremenda tarea, sobre todo cuando “se llega tarde” y hay que emprenderla en competencia con naciones que ya han andado el camino, y cuando sólo se dispone de recursos modestos, poco conocidos o inaccesibles. Para romper el círculo vicioso, hay que recurrir a la integración de fórmulas heroicas y sabias, rígidas y flexibles a la vez, en que se pongan en juego de manera conjugada, los recursos naturales, económicos y humanos y las fuerzas materiales y espirituales de la nación, para provocar y encauzar un desarrollo económico, social y político equilibrado, en favor y para la exaltación del bienestar de la comunidad. Forma parte de este plan salvador, con una categoría muy importante, la diversificación de la economía y, como capítulo inmediato de gran alcance, la industrialización (desde luego, no considerada aisladamente), que entre otras virtudes prácticas, tiene la de hacer que el trabajo humano reditúe más ampliamente.

Puede asegurarse que en el momento que vivimos todas las naciones subdesarrolladas, tanto las que políticamente han sido independientes, como las que apenas se han desprendido de sus lazos metropolitanos, se encuentran empeñadas en empresas nacionales de desarrollo económico y muy particularmente en programas de industrialización, con verdadera mística social y fervor patriótico. Forman parte de esos empeños los planes de desarrollo regional, de las provincias abandonadas, las áreas de gran concentración demográfica y las regiones lejanas o propicias a la colonización, no con criterios de seccionalismo, sino por el contrario, con claros propósitos de difusión de la densidad económica y de integración nacional.

Sin embargo, la literatura reciente está llena de análisis, con frecuencia pesimistas, de este empeño de redención económica: falta de capital, carencia de técnica, de organización adecuada, egoísmo y falta de espíritu cívico de las clases adineradas y dominantes, ac-

titud feudal, mala coordinación de los esfuerzos, falta de honradez y de visión.

Afortunadamente ha habido también algunas voces alentadoras, apoyadas en estudio serio, entre ellas la que más de cerca nos alcanza es la de la CEPAL; por eso hemos asistido reconocidos a esta reunión, con espíritu constructivo y de cooperación, con deseo de hacer alguna modesta aportación, a la vez que de captar enseñanzas de otros, más sazonadas, que puedan ser útiles a nuestros respectivos países.

México, como sus naciones hermanas en pobreza y en inquietudes, ha entrado en esta fase de la industrialización, consciente tanto de sus debilidades, como de sus posibilidades, con fe en su destino, no obstante la escasez de capitales, sus tradiciones un tanto negativas en cuanto a inversiones y la necesidad de hacer frente a su tremendo incremento demográfico, que aunque en sí constituye una manifestación de vitalidad, también reclama un empleo mayor de bienes para su ocupación y consumo y dificulta ciertos pasos indispensables en el proceso de tránsito de la agricultura a la industria. Confía en que llegará a la meta y la superará, contando con el esfuerzo coordinado de sus hijos y con recursos en general valiosos y por fortuna muy variados, que debidamente integrados en el proceso productivo constituyen importantes capítulos de activo y de estabilidad para la economía en el futuro.

Una revolución social larga y cruenta cambió radicalmente la estructura de su economía rural, y aún cuando los resultados todavía no son todo lo impresionantes que algunos esperaban a plazo corto, a la larga, con una organización mejor y técnica más avanzada, ha de probar que constituye una magnífica base para el desarrollo económico; la nacionalización de la industria petrolera al invertir su acción dirigiéndola hacia adentro, ha demostrado ya sus grandes virtudes integradoras de la economía (piénsese simplemente en esta secuencia: energía, transportes, industrias químicas, abonos, agricultura). Esa misma revolución ha atacado los problemas fundamentales que condicionan el desarrollo, a saber, una imponente política de riegos, correctora de la aridez del medio, la generación de energía, la construcción de caminos, la educación, la salubridad, y la creación de una serie de instituciones destinadas a la promoción de ese desarrollo; quizá faltaría un plan articulado y preciso, pero hasta aquí la necesidad creadora y el certero instinto natural de los mexicanos, parece que se ha equivocado poco. En materia de industrialización, el Estado ha intervenido en aquellas actividades que le son propias y para sustituir a una iniciativa privada que inicialmente era débil, en todos aquellos casos en que la poca experiencia de ésta, su temor o su falta de interés no cubrían sectores importantes para el desarrollo nacional o por tratarse de actividades fundamentales, o de servicio público. Las industrias han estado protegidas usando discretamente un instrumento de aplicación casi universal, el arancel; naturalmente esta política se va afinando con criterios técnicos y económicos.

Finalmente, quizá por la desazón de que durante la primera guerra mundial el país no sacó las ventajas

que otras naciones neutrales lograron para iniciar o reforzar su industrialización, ya que el nuestro se debatía en su propia revolución social, durante la segunda guerra mundial en que el abastecimiento de artículos de importación indispensable se hizo muy difícil, el país tomó medidas para industrializarse con base en legislaciones de amparo y estímulo para las industrias nuevas y necesarias.

Esta legislación —no obstante que formalmente incluye el criterio de la necesidad de las industrias— tenía un sentido decididamente cuantitativo, pues la necesidad se definía por la falta de artículos de producción nacional en el mercado. En la práctica y en el texto de leyes posteriores, nuevos principios de índole económica se han ido introduciendo; ciertamente de manejo más complejo, pero que tienden a transformar un movimiento de industrialización en masa, en uno de carácter selectivo. Entre estos elementos nuevos figura lo que hemos dado en llamar la “organicidad”; en otras palabras, la integración de las plantas individuales para equilibrar sus distintos departamentos y de aquellas en la planta nacional, y de la industria, en el conjunto de la economía, con vistas a un desarrollo vigoroso, fructífero y equilibrado.

Las leyes de fomento industrial requirieron actividades de estudio y vigilancia, que fueron encomendadas a la Oficina de Investigaciones Industriales del Banco de México —institución ésta altamente respetada en el país y que no provocaba desconfianzas de orden fiscal— a saber, la inspección de las industrias beneficiadas, y el estudio desde el punto de vista técnico, económico y legal de las industrias nuevas y necesarias, objeto de los beneficios de la ley. Esta oportunidad le dio a la Oficina un panorama general de la industrialización del país, a la vez que la posibilidad de realizar numerosos estudios de rama, que normalmente se discutían con los propios industriales interesados.

Con estos materiales y elementos disponibles, fácilmente se desemboca al campo de la planeación industrial, para lo cual se creó una sección especial, cuyas labores han venido evolucionando. Entre otras cosas, la sección ha hecho y continúa haciendo predicciones o pronósticos del desarrollo de las distintas ramas industriales, incluyendo el volumen de producción y las necesidades de los elementos fundamentales: capital, materias primas, mano de obra, energía, transportes, agua, etc. Estudios posteriores de la Oficina incluyen las necesidades de técnicos para las industrias de transformación, que se ampliarán a los diversos sectores de demanda de los mismos, y finalmente —capítulo muy importante en relación con la integración, tema de este ensayo— se ha terminado el estudio del insumo-producto de las industrias y se completa en otro departamento del Banco de México el insumo-producto del resto de la economía. Estos trabajos dan vida al estudio de las relaciones de las industrias entre sí y con los otros sectores de la economía.

En la base de estas relaciones se encuentra el conocimiento de las materias primas. Ya hemos adelantado que México cuenta en general con una interesante variedad de ellas. Del reino animal: metales industria-

les, azufre —ambos exportados en grandes cantidades— sal, grafito, mica, fluorita, etc., y, muy destacados, los combustibles (carbón y petróleo); cuenta con otras fuentes de energía de consideración, como la hidráulica, no obstante ser el agua para riego un factor limitante —contra el que se está luchando con decisión— para el desarrollo de su agricultura. Esta, sin disfrutar de condiciones especialmente propicias, ofrece una diversidad considerable de materias primas, al igual que los bosques y el mar.

El estudio de las materias primas ha constituido un campo predilecto de las actividades de la Oficina de Investigaciones Industriales desde su fundación; en ciertas fases de estos estudios, especialmente por lo que se refiere a la utilización de ellas, ha intervenido muy activamente el Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas, creado por el propio Banco de México.

Desde luego, no es la Oficina de Investigaciones Industriales el organismo especialmente instituido para el estudio de las distintas fuentes de materias primas; ella ha seguido, como lema, llenar lagunas cuando hay sectores no cubiertos, y cooperar con otras entidades, cuando no hay quien se ocupe debidamente de ellas, o cuando hay dispersión de actividades y falta de coordinación. Por lo que hace a los recursos agrícolas, están a cargo de las Secretarías de Agricultura y de Recursos Hidráulicos y de otras instituciones. Existe y funciona como organismo privado de investigación el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables. En cuanto a los recursos minerales la Oficina ha realizado importantes estudios y actualmente coopera con el Instituto Nacional para la Investigación de los Recursos Naturales; en este ramo existen además el Instituto de Geología de la Universidad Nacional, la Comisión de Fomento Minero y como coordinador se ha creado recientemente el Consejo Nacional de los Recursos no Renovables. Con programa muy propio, también se ha creado la Comisión Nacional de Energía Nuclear. En materia de pesca la Secretaría de Marina realiza estudios; sin embargo, la Oficina en distintas ocasiones ha tratado de cooperar llenando vacíos; tal es el caso también por lo que atañe a los estudios forestales.

Con el cuadro de recursos que a grandes rasgos hemos reseñado, podría teóricamente elaborarse un plan de industrialización que considerara primordialmente aquellas industrias que pudieran derivarse de cada uno de los recursos, conscientes de que hay otros factores concurrentes, además de los recursos, y que éstos, aunque no siempre es deseable, pueden en ocasiones importarse, como de hecho está ocurriendo en México, quizá en proporción exagerada para la salud de nuestra economía, especialmente en el caso de materias semielaboradas, que paulatinamente hay que ir sustituyendo por las de producción nacional mediante un proceso de creciente integración de nuestra industria. Luego habría que considerar por un lado, las relaciones entre las distintas industrias resultantes (integración horizontal) y por otro, la dependencia en serie de unas industrias de la misma familia genética con sus industrias derivadas directa o indirectamente, incluyendo en estas últimas, la utilización de los sub-

productos (integración vertical). Estas industrias relacionadas entre sí, se analizarían desde el punto de vista de su necesidad y su cabida en el medio, todo ello tomando en cuenta los aspectos de localización, de tecnología, de empleo de mano de obra, de financiamiento y de productividad; como coronamiento vendría un severo cotejo basado en la existencia de una demanda que permitiera el establecimiento de unidades de capacidad óptima económica, es decir, en la evaluación de los mercados actuales y potenciales, estimados éstos a plazo razonablemente corto.

El problema así planteado resultaría el de una planeación total, tremendamente compleja y abrumadoramente difícil, quizá imposible de realizar en un país de economía liberal; sin embargo, en países de recursos industriales limitados se han hecho programas de este tipo, por ejemplo, en Italia. El caso de México podría simplificarse bastante: teniendo siempre presentes los recursos naturales, habría que empezar por hacer una revista de las industrias existentes, que ya cubren buen número de campos, y verificar un análisis de las mismas y de las necesidades y posibilidades del mercado en cada caso, para establecer correctivos, proponer ampliaciones y crear aquellas nuevas que resultarían justificadas, así como para vincular estrechamente unas industrias con otras. Parte importante del material para este trabajo, lo tiene reunido la Oficina de Investigaciones Industriales del Banco de México.

La propia Oficina, con la asistencia técnica de Naciones Unidas \* ha iniciado la organización de un proyecto para la ponderación económica de las industrias del país, que facilitará (junto con el del insumo-producto) seguir las relaciones de unas con otras, y el efecto de los distintos factores operantes; descubrir huecos por llenar, discordancias y fallas de la planta nacional, las zonas prometedoras, los puntos muertos y los “cuellos de botella”, conocimientos que permitirán una mejor integración, un conjunto más armonioso y balanceado. Al efecto habrá que adoptar las medidas conducentes a incrementar la productividad en todos los niveles, desde la empresa individual (vista no sólo como negocio sino como órgano de una entidad superior en desarrollo, la nación), pasando por las ramas industriales, los grandes sectores o grupos de ellas hasta llegar a la industria manufacturera en su conjunto y a la economía nacional, vista como un todo. Parte de ese programa de mejoramiento de la productividad industrial se está desarrollando con magníficos auspicios en su fase de empresa, por los propios industriales, con asistencia técnica externa y ayuda amplia del Gobierno y del Banco de México, esperamos que se propague y multiplique. Como culminación otras entidades deben realizar el estudio (ya emprendido) de la productividad en su ámbito nacional, en todos los sectores económicos, y con el más amplio sentido social.

El proyecto a que nos referíamos antes, consiste en un análisis cruzado de la industria en los distintos niveles a que acabamos de referirnos y de la economía

\* El Dr. A. W. Klein, Director del Centro de Productividad de Viena, con quien coopera el Lic. Nathán Grabinsky, del personal de economistas de la mencionada Oficina.

nacional en su conjunto, en función de los distintos factores concurrentes, que en el proyecto se distinguen, con detalle, en la forma que a continuación enumeramos: el medio ambiente, la política y la administración, productos y procesos, financiamiento, medios físicos para la producción, mano de obra, materias primas y otros abastecimientos, actividades de producción, comercio de los productos y control contable o estadístico.

La combinación de factores y niveles, da un número de casilleros que después de un tratamiento global tentativo, pueden considerarse separadamente según las posibilidades y necesidades de la investigación. Todo esto implica un plan nacional de investigación que desde luego, no va a desarrollar una sola entidad. Por ejemplo, por citar de paso algún aspecto, digamos el de financiamiento, podría mencionarse que estarían en magníficas condiciones para realizar un estudio en cooperación diversas entidades, como el Banco de México, Nacional Financiera, la Secretaría de Hacienda, la de Economía y la Comisión de Inversiones, que aún cuando legalmente sólo se propone programar las inversiones públicas, en gran parte como alternativa de las privadas, la misma interdependencia de ambos sectores de actividad da a esta Comisión, que sólo cuenta con una corta existencia, una importancia excepcional para el futuro.

A estas alturas se habrá destacado la imperiosa, impostergable necesidad de un enfoque macro-económico del estudio de la economía.

En una ponencia que presentamos en una conferencia sobre planeación reunida en San Juan de Puerto Rico hace ya un número de años, hicimos un esfuerzo por presentar el resultado de nuestras meditaciones y experiencias de entonces, que contenían dos conceptos todavía hoy válidos en materia de metodología, el de los estudios cruzados y el de las aproximaciones sucesivas, pero nos faltaba el hilo, o mejor dicho los hilos de Ariadna, hoy todos los intentos parciales han sido superados por el empleo de la técnica de las Cuentas Nacionales, con base en el cálculo del ingreso; ellas nos permiten "estudiar la producción nacional de bienes y servicios, el origen y destino de los bienes producidos, la distribución del ingreso y del gasto nacional, la formación de capital, la magnitud del ahorro nacional y la retribución a los factores productivos".

En una empresa conjunta, con asiento en el Departamento de Estudios Económicos del Banco de México, las cuatro instituciones primeramente citadas vienen realizando un estudio acerca de las tendencias del desarrollo económico del país, que sin lugar a duda, dará muchas luces para orientar una política de integración.

Trabajos de esa índole deben desarrollarse en forma continua y sistemática, tratando de organizar las fuentes de información en vista de las necesidades de la investigación, a fin de obtener oportunamente datos dignos de confianza para que los resultados y la interpretación de los procesos económicos resulten más válidos. Pero no hay que desanimarse porque no pueda contarse inicialmente con material muy depurado. Lo importante es lograr la estructura completa. Como resultado de interpretaciones y correlaciones, ésta estará siempre sujeta a revisiones y ajustes de

acuerdo con técnicas aceptadas y con el buen sentido común, tomando en cuenta la confiabilidad de los elementos con que se edificó y los supuestos de partida. Al intentar introducir modificaciones para establecer políticas encauzadoras, debe vigilarse, con la ansiedad con que el médico observa el termómetro, el nivel de precios, el de ocupación y la balanza de pagos.

En relación con nuestro tema queremos destacar, un poco al acaso, algunas ideas sobre integración y desarrollo industrial:

Los países subdesarrollados son naciones mal integradas y tienen por delante la tarea de lograr esta integración en condiciones más desfavorables que sus predecesoras y con carácter de urgencia, casi de emergencia.

La verdadera integración no es simplemente un problema técnico, ni exclusivamente económico, es un proceso total, dinámico, de vida colectiva. Previa o simultáneamente debe provocarse una transformación social, cultural y política que cree un medio, física y espiritualmente, más homogéneo, más propenso a la integración: que reduzca las distancias y acabe con el aislamiento, que acerque las metas y las aspiraciones y las funda en ideales comunes y prácticos, que provoque movimientos de progreso, eliminando trabas y rompiendo ataduras. Hay que sacar de su letargo secular a la agricultura, suavizar las rigideces de la economía, quebrantar las estratificaciones sociales y rescatar de la ignorancia y el atraso político al pueblo. Debe crearse seguridad y confianza, pero una confianza distinta de la que siempre se pregona: confianza en el fruto del esfuerzo personal y en el destino de la comunidad, madre acogedora para todos. Que nuestra buena suerte nos libre de una integración técnico-económica, a medias, para ricos y extranjeros, de una ridícula sociedad aristocratizante y de repulsivos gobiernos de minorías oligárquicas.

La integración no debe tener únicamente un alcance nacional; hoy ganan terreno ideas de integración internacional, y se habla con entusiasmo de experiencias ya logradas o muy prometedoras, como la de la Autoridad de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero y la de las Repúblicas Centroamericanas, que tratan de sumar sus recursos de materias primas y sus mercados para vivificar o fundar sus industrias, con apoyo en investigación sistemática mancomunada.

Son las grandes naciones industriales las que llegaron a integrarse nacionalmente en una forma más completa y equilibrada; por fortuna para ellas, en condiciones favorables, sin grandes apremios demográficos, con una mejor relación hombre-recursos y cuando había una fácil circulación de personas, capitales y mercancías, por un proceso casi natural. Hoy, el libre comercio preconizado por algunas de las naciones más avanzadas, fórmula de integración internacional, estorbaría, sin duda, la integración nacional de los países subdesarrollados.

Algunas de aquellas naciones llegaron a crear una falsa integración internacional basada en la supeditación política y económica de otros países. Hoy asistimos al enterramiento de ese bastardo de la historia, el colonialismo. La nueva bandera es la de la propia superación, igualdad de oportunidad y ayuda mutua entre las naciones.